

# El castrismo mexicano

---

Jesús Silva-Herzog Márquez

MÉXICO TIENE POLÍTICA EXTERIOR. SU POLÍTICA INTERIOR, DOMINADA POR LAS emergencias rutinarias, no logra levantar la cabeza. El Ministerio del Interior del actual gobierno es físicamente reaccionario: apenas responde a lo que otros hacen. La sin-política del consensualismo bobo ha hecho decir recientemente al Presidente de la República que la democracia es el espacio de la conciliación, cuando es, justamente, lo contrario: el abandono de la pretensión de hermandad, el sitio en el que, por ser imposible la conciliación, decide quien tiene la mayoría respetando los derechos de cada uno. Pero la Secretaría de Gobernación sigue jugando al cultivo del fragante jardín de la democracia sin darse cuenta de que habitamos ya el polvoriento territorio democrático. Sin percatarse de que aquí lo que importa es la decisión de la mayoría, no el consenso de todos. Es la ausencia de política lo que marca la política interior del gobierno de Vicente Fox. Por eso sobresale la existencia de una política de relaciones internacionales.

Que exista una política exterior significa que hay materia para la polémica. Unos estarán de acuerdo con la visión de la cancillería, otros podrán argumentar su inconformidad. No hay duda de que hay decisiones audaces y un consciente desapego de la tradición. Pero en ese frente hay una dirección explícita que va más allá del consensualismo anodino de la Secretaría de Gobernación. Recientemente esa voluntad de decidir confrontó uno de los asuntos simbólicamente más delicados de la política exterior mexicana: Cuba. La posición del gobierno mexicano me parece impecable: desdramatizar la relación con la isla, normalizar el vínculo con el gobierno cubano, volver ordinario lo que fue, durante demasiado tiempo, excepcional. Sintetizando la urgencia de tranquilidad Benjamín Constant escribió en tiempos de la Revolución Francesa: «lo que hoy desea el pueblo es tranquilidad, lo que quiere es que la República reemplace por fin a la Revolución.» Esa búsqueda de serenidad es lo que se encuentra en la nueva posición del gobierno mexicano frente a Cuba. La expresión del canciller Castañeda recuerda incluso la fórmula constantiana: terminó el trato con la revolución cubana, empieza el trato con la República de Cuba.

La posición del gobierno mexicano es la correcta porque mantuvo la oposición frente al indefendible bloqueo de los Estados Unidos y, con el breve encuentro con la disidencia cubana, reconoció el gravísimo problema de los derechos humanos en la isla. Si el régimen cubano da trato de no personas a los disidentes, el gobierno mexicano los escucha. El gobierno de Fox, con ese gesto, escapa de la trampa del régimen priísta que respaldaba a la dictadura castrista y cerraba los ojos a la violación sistemática de los derechos humanos en Cuba para que otros guardaran silencio ante los abusos del autoritarismo mexicano y para presumir independencia frente al imperio. El gobierno mexicano sostiene, y sostiene bien, que los derechos humanos tienen validez universal. La soberanía no puede ser escudo de tiranías como la cubana.

El encuentro del Presidente con los disidentes cubanos (no son opositores porque la oposición al régimen equivale en la isla a delito de alta traición) desencadenó furias.

¿De dónde vienen estas reacciones coléricas? De dos regiones de la imaginación política. La primera es el primitivo antiyanquismo tradicional de la izquierda mexicana, la segunda es la frivolidad de quienes se encandilan con el carisma. El rencor del nacionalista y el hechizo de la simpatía. La izquierda mexicana sigue postrada ante el derrumbe de sus certezas. La utopía de la Revolución se desmoronó, el Estado no puede presentarse seriamente como la panacea. Pero hay algo que sigue marcando la identidad de los sectores más amplios de la izquierda en México: la pulsión antinorteamericana. De ahí que el enemigo del enemigo deba ser nuestro amigo. Pocos ignoran que Castro mantiene en el encierro a los críticos, que reprime brutalmente cualquier disidencia, que no tolera el menor cuestionamiento. Pocos ignoran que el régimen cubano es un sistema de partido único en donde no hay libertad para levantar la voz con independencia. Pero muchos ven todavía en el anciano que ya no es capaz de hablar razonablemente y que necesita de un traductor para ser entendido, al mayor y más exitoso enemigo de los Estados Unidos. ¿Qué importancia tienen los derechos humanos frente a la trompetilla que Castro le ha hecho a los gringos década tras décadas? Si un dictador se pitorrea de los Estados Unidos, buen dictador.

Pero también hay defensores de Castro en otros sectores. En el PAN, por ejemplo. A pesar de que los principios de ese partido sostienen un compromiso universal con los derechos humanos, hay un panista que se atreve a defender a Castro como el mediador generoso y paternal que puede conducir a Cuba a la libertad. El senador Javier Corral se encuentra entre los críticos del encuentro de Fox con los disidentes. Dijo que la conversación había opacado la visita. Por supuesto, el viaje de Fox habría brillado si lo único que el Presidente hubiera visto fuera lo que el Comandante tuviera a bien mostrarle. No es nueva esta devoción por Castro. El senador babea con Castro como lo haría una quinceañera que ha rozado la mano de su ídolo. La adolescente que llora por haber respirado el aire que expide el cantante que idolatra no podría admitir que el guapo insulta a su chofer y golpea fotógrafos. Son infundios, gritará la quinceañera: Jimmy es un amor y canta precioso y ya me mandó una carta y me puso una foto autografiada y me dijo que me mandaba besos. Ésa es la agudeza intelectual del senador panista al hablar del bienamado líder. El 19 de agosto del 2001 el senador por el PAN escribió una carta sorprendente. Le maravillaban la «lucidez increíble» y la «extenuante jornada de trabajo» del «histórico Comandante de la Revolución cubana.» A su juicio, Fidel es una figura que cohesiona a Cuba, es una autoridad moral sin mancha alguna, es el portador de una llama de esperanza, es el hombre clarividente, el héroe de la dignidad. No es, por supuesto, un dictador que reprime opositores y que tortura homosexuales; su poder no se basa en el ejército ni en la represión. Es la conciencia del pueblo cubano fincada en los «valores fundamentales de la batalla histórica por su propia identidad» (sic) lo que sostiene al muy legítimo régimen cubano. Para el perspicaz panista, la política de Castro no es una política de represión férrea sino una política de «dignidad.» «Fidel, dice Corral en un bonito homenaje a la tiranía de un seductor, es un vértice por el que transitan las posturas y, como gran árbitro, atempera, rechaza, conduce, admite y concluye.» ¿El gran árbitro? ¿El juez neutral y pacífico que escucha y propone? No me atrevo a cuestionar el candor de una quinceañera ante su ídolo.

Quizá una de las preguntas más importantes de la política es ¿por qué nos engañamos? ¿Por qué cerramos los ojos? Por nuestros odios y nuestra estupidez.